

TIPOS POPULARES DE MUJERES ESPAÑOLAS



ZAMORANA EN SU TRAJE CARACTERÍSTICO
(COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE D. M. ALCÁZAR)

LA «VERDAD» EN EL BAILE



—¿Me das el brazo?
—Tómale.
—Gracias, joven. ¿Has venido solo al baile?
—Solo, ¿y tú?
—También. ¿Estás aburrido?
—Ahora no.
—Gracias.

—¿Tú no tienes pareja?
—No.
—¿Has venido á dar broma?
—Eso pensaba; pero he desistido de mi propósito, porque además de resultar la broma de una inocencia primitiva, es arriesgado.
—¿Preferes bailar?
—Detesto el baile.
—Entonces buscas.....
—¡Malicioso!.... No soy lo que tú supones.
—¿Quién eres?
—Mi traje te lo indicará.
—Dominó negro y antifaz rojo.....
—El dolor y la vergüenza recreándose en el baile. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—¿Me conoces ahora?
—No descifro el simbolismo.
—¡Tonto! Soy la Verdad.

—¿Puf.....
—Sí, hombre, yo: al menos por esta noche..... ¿Tú bailas?

—No.
—Entonces, me servirás de caballero: en cambio yo seré tu *cicerone*; ¿aceptas?

—Acepto.
—Eres muy amable.

—Y tú muy hermosa.
—¿Qué sabes?
—Lo advino.
—Empezaré tratándote con franqueza..... Eres un majadero.
—¿Máscara!
—No te enfades: es la Verdad la que te habla: debes escucharme sin protesta.

—Prosigue.
—Tú—como la mayoría de los que aquí se encuentran—has venido en busca de una diversión, y por ella has abandonado á tu familia, te has embutido en un frac y andas á caza de aventuras. Te aburres soberanamente, pero finges gran contento: algunas máscaras te han dado broma diciéndote gran sarta de majaderías: «que si te han visto con aquélla», una novia tuya de cuando cursabas el primero de latin y de amores: «que si eres muy pillín», «que si estás pálido», «que le contarán á tu señora el cuento de haberte visto». ¡Sandeces! Has entrado en un palco de amigos y amigas, has bebido Champaña, has reído las bobadas de tan maleante tertulia, has terciado en el pugilato del chiste y, á costa de unos cuantos fulanitos, has dejado bien puesto el pabellón de tu ingenio. Con la cabeza más pesada y la lengua más ligera, has vuelto al salón, y á tu paso has floreado sandiamente á incógnitas ciudadanas, que te han agradecido los piropos con

alguna majadería. ¿Acierto?

—Aciertas, pero tu mordacidad me asusta.

—Bah, sólo soy sincera. ¿Recuerdas el famoso artículo de Larra «Un baile de máscaras?».....

—Sí.

—Pues las lupercales modernas repiten con pasmosa exactitud uno y otro año el texto de tal artículo..... Mira ese caballere de narices arrugadas que luce ridículamente un monóculo, y que como un pavo real pasea por entre los pelotones de máscaras. Es un idiota que no sabe nada de nada, y, no obstante, el hombre escribe en los periódicos, charla en el Ateneo, y unos le creen gran literato y otros gran polemista. El mismo á fuerza de repetir: «¡Yo soy genio!» «¡Yo valgo mucho!» ha llegado á creer que posee el cerebro mejor equilibrado del universo mundo. No es esto lo peor: los que le conocen á fondo, comenzaron por dudar de tamañas grandezas; pero tanto se las elogió el interesado, que se han convencido de que es un «grande hombre». Ni más ni menos.

—¿Ves esa mascarita descotada luciendo las morbideces de su cuello y espaldas?..... Es una prójima que ha arruinado á varios incautos, y ha sido semilla de escándalo en muchos hogares tranquilos. Viene al baile en busca de un perdulario, jugador de oficio, que de vez en cuando le acaricia con la de fresno, y por esta pri-

macia á su costa vivo, y ella le quiere y se arrastra á sus pies y le mantiene como á un príncipe, y cuanto más duro es el solfeo, mayor contento la produce.

Ese señor característico que va en medio de las dos niñas hécticas que le acompañan, es un honrado padre de familia que trae sus hijas al baile para lucirlas, y ver si de paso conquistan cena y marido. Probablemente alcanzarán lo primero, que lo segundo maravilla es hallarlo en tal lugar. Este baile ha arruinado al hombre y causa desvelo hace días á sus esmirriados pimpollos, que creen hallar su suerte en algún mal hallado con la suya que de tan angulosos encantos quede encantado.

Ese otro grupo es un sainete que se repite en muchas circunstancias de la vida: un marido bondadoso, una mujer casquivana y un fulanito engañado, que pretende saborear la fruta del cercado ajeno. El esposo considera á la dama como una Lucrecia; el fulanito, que el marido es tonto, y la señora, aprovechando estos pareceres, á su costa se divierte y engaña al uno con promesas que nunca ha de cumplir, y al otro con protestas de fidelidad que no siente. Esta noche los protagonistas cenarán en santa paz de Dios, y cada mochiuelo se ira á su olivo.

¡Bah! El eterno estudiante que cursa Derecho en los billares, frecuentador de garitos, enamorado de bellezas de pacotilla. Allí en el pueblo los padres pagan sus liberalidades, sin protesta alguna. Tienen la esperanza de ver á su hijo ocupando en la sociedad algún elevado puesto.... ¡Inocentes!

Tan terno, tan majo, con el sombrero de copa á la nuca, ladeada la corbata, el gesto provocativo y el mirar insolente, caballero por la traza, pero rufián por el fondo, cruza ese tipo por entre los bailarines repartiéndolo codazos á diestro y siniestro, prodigando á todas las máscaras frases de duérsica cultura. Se cree señor del cotarro y es sólo aguafiestas, propicio á encontrarse cuantas bofetadas se pierdan. Busca la alegría groseramente: se emborracha, comete mil torpezas, y acabará la fiesta en la Casa de Socorro, donde le administrarán el amoníaco, ó le curarán de algún chirlo recibido, ó ambas cosas á la vez.

Mañana dirá en la mesa del café que fué el héroe del bailecito, que conquistó princesas y alternó con prínceres.

Un paso cómico con cuatro personajes: una mujer celosa y una patrona de huéspedes. La una busca á su marido, la otra á un estudiante de veterinaria que huyó, robándole el corazón y dejándole á ca mío una deuda de seis meses de pupilaje. Á ambas policas antojánselas respectivos «criminales» cuantos discurren por la sala, y como azogue brujulean de aquí para allá.

Si el hado las hace tropezar con el marido ó con el estudiante, la mujer armará escándalo y la patrona pagará la cena en el restaurant próximo, y.... ¡pelillos á la mar! Los celos y el interés causaron el lance.

Morrocotudo es el que le aguarda á ese caballero gordo que con aire de Cid lleva del brazo á la Locura. Libérese de la tiranía conyugal mantiendo una enfermedad grave de un su amigo, y vinose honitamente al teatro á echar una cana al aire, y probablemente echará las muelas después de cenar con la Locura y ver que ésta es su mismísima cónyuge en persona.

En pelotón de máscaras es el de rúbricas: unas cuantas modistillas que no se han visto nunca en estos aprietos, y que para verse han discurrido un cúmulo de embustes. Las pobres se aburren que es un dolor. Les han contado fábulas á propósito de los bailes, y observan que éstos, cuando no se trae otra intención que la de danzar por danzar, resultan la cosa más aburrida del mundo. Pronto harán mutis y se irán á dormir su desilusión, azoradas por si algún fulano, conocido de la familia, las sorprendió en el templo de Terpsicora.

—¿No crees en vista de estas eternas comedias y de sus sempiternos protagonistas, que el baile resulta siempre lo más cómico y lo más trágico, lo más alegre y lo más doloroso?

—Es cierto —repliqué.— Pero ¿quieres decirme ahora quién eres tú, qué tan bien razones?...

—Ya lo sabes: la Verdad.

—¿Quieres mostrarme tu cara?

—Es horrible.

—No importa.

—Ven conmigo.

Me arrastró á uno de los rincones del café donde no había nadie, y descubrió su rostro.

Quedé atónito.

La Verdad era una solemníssima fea.

ALFONSO LARRUBIERA.



EL CASTIGO

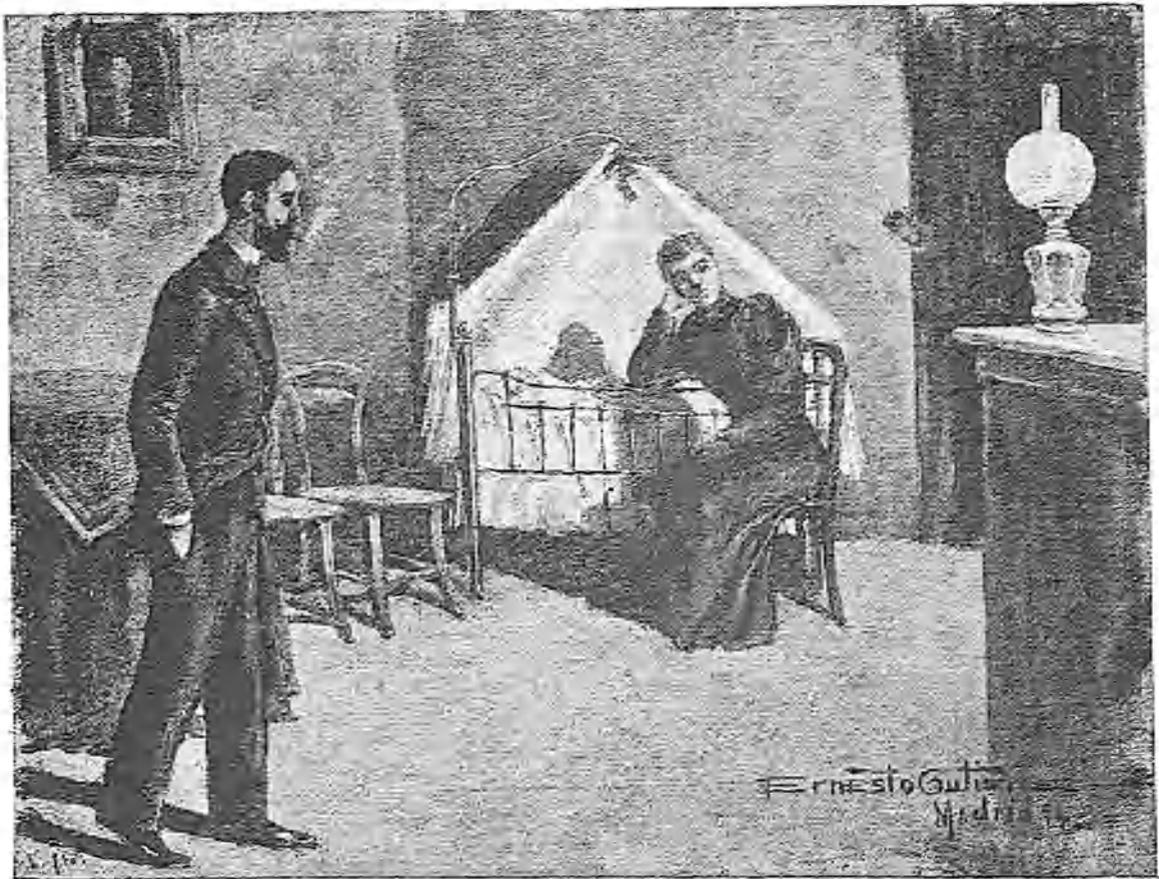
Dentro de la sala aquella, de un piso cuarto, parecía flotar amenazadora atmósfera de borrasca.

Era noche de invierno. El frío de la calle penetraba, á pesar de las espesas cortinas de la ventana y del encendido brasero de la camilla.

Había sombras en la frente de Fernando, el amante, y velos opacos en los ojos de Marta, la amada. La luz misma del quinqué, que ardía en un pico de la cómoda, brillaba con claridad triste.

Una blancura sonrosada, un mueble de hechicera silueta, escondido al abrigo de un rincón, era lo único que allí sonreía dulcemente, con sensaciones de ternura. Era una cuna, y en aquel nido dormía un niño, el fruto de dos años de amores locos entre Fernando y Marta.

Sentada la mujer junto al lecho de su hijo, miraba pasear en silencio á Fernando, con las ma-



nos en los bolsillos del pantalón, y entre los dientes un puro, que era aspirado con nervioso y repetido chupeteo.

—¡Maldito viaje!—prorrumpió Marta, como saliendo de un letargo.—¿No podría aplazarse?....

—¡Imposible!—replicó Fernando.—¿Cómo quieres que desobedezca á mi padre? Cinco años han transcurrido sin ver á mi familia. Tú ignoras cuánto atractivo tiene la casa paterna.

—Es cierto. No sé lo que es eso. Nunca gocé de los besos de una madre. Quién mi padre fuera, lo desconozco. No tengo hermanos, ni pariente alguno. Sin la protección de la señora que me recogió, cuando niña, de en medio del arroyo, y en cuya casa me conociste tú, y de la que me arrancaste, seducida por delirantes promesas de amor, me habría muerto de miseria..... Pero por lo mismo que no poseo más cariño que el tuyo, me es la separación tan dolorosa. Me dice el corazón que no te veré más. Este viaje va á ser mi desdicha..... y quizás la tuya.

—¿Y por qué mi desgracia?—murmuró.

—Porque si me olvidas, nadie te querrá como yo te he querido y te quiero.

Fernando vió que en aquellos ojos, en aquellas luminosas pupilas de muchacha de diez y ocho años, no se descubría otra cosa que un fondo inextinguible de pasión.

Marta había entrado pura en sus brazos y pura seguía de alma, después de la caída, en medio del mancillamiento de su cuerpo. No cabían en ella acciones traidoras. Mas, si como mujer era una mansa oveja, como madre, como madre ofendida y abandonada, ¿no podría convertirse en fiera leona? Rápidamente pensó Fernando en todo esto, consolándose con que es una locura preocuparse de los males del porvenir, y poniendo punto á aquella escena aflictiva, besó, no sin emoción grandísima, al niño, á su hijo, y, con verdadera pena, á la madre, dejando, á uno sonriendo entre sueños, y á la otra llorando ante las realidades de la vida.

Y huyó, depositando sobre la mesa algunos billetes de banco.

Pasaron meses. La historia de las ingratitudes humanas tuvo un nuevo capítulo. Sucedió lo de siempre. En las primeras semanas, las cartas fueron y vinieron, de la amada al amante, y del amante á la amada, á vuelta de correo. Después anduvo más rehacia la pluma del que deseaba olvidar antes. Aquí, quien ganaba, echando un borrón sobre el pasado, era Fernando. Y éste fué el que dejó de escribir primero.

—Ya no me ama—pensó Marta. Y una vez que se hubo declarado esta idea, vió en todo confirmado su infortunio. Bien se advertía en las epístolas del inconstante los progresos del despego. ¿Cómo no las descubrió ella? Estaba ciega. El corazón de Fernando había cesado de amar antes que sus labios dictaran frases de amor.

Se resignó la mujer. No comprendía que la felicidad desapareciera tan pronto, sin conservar ninguna huella. El sol mismo tiene eclipses. ¿Cómo el cariño del hombre no ha de tener intermitencias de frío y de calor, de luz y de sombra? Pero, un día, un amigo de Fernando llenó el alma de Marta de espesísimas tinieblas.

—Se casa—le dijo el amigo.

A Marta se le heló la sangre. Creyó morir. ¿Para qué se necesitan puñales mientras haya palabras en el mundo? Ahora no se resignó Marta. Podía hacer el sacrificio de su dicha, pero no el de la honra de su hijo. ¡Un niño sin nombre! Un desgraciado más en los inmensos ejércitos de desgraciados que cubren la tierra.

Marta, que era dulce, tierna, mansa, sintió, ante la injusticia de la suerte, una ola furiosa de rebel-días, de maldades, de crímenes, extenderse desde el corazón á todo su cuerpo. En su cerebro, nido antes de ilusiones, se abrió un escondrijo poblado de infamias.

—No se casará—dijo al cabo de varios días.—¡Juro que no se casará!

Trazó rápidamente un plan osado. Fué á casa de su antigua protectora. Ya de ésta había recibido el perdón, y la admitía á su trato. Habló Marta con D. Rafael, el mayordomo de la señora, y le comunicó su proyecto. Era ir al pueblo de Fernando.

—Desharemos la boda. Llevaré al chiquitín. ¿Me acompaña usted?

—Con mucho gusto, Martita. Ya sabes que....

En efecto; ya sabía la joven que nunca fué para D. Rafael cosa indiferente. El buen hombre lindaba en los cincuenta, y, á pesar de tan avanzada edad, aun permanecía célibe.

Cuando supo los extravíos de Marta, se dolió muchísimo, y hasta hay quien afirma que lloró desesperadamente el percance, como aquel á quien se le roba un tesoro.

Ya en el pueblo Marta y D. Rafael, el escándalo fué mayúsculo.

Diéronse á conocer á la familia de Luisa, la próxima víctima del fracasado seductor. Luisa pertenecía á una honrada familia, severísima, inflexible. No necesitó Marta de fuertes argumentos. Expuesta su misión, presentado el muchacho, retrato vivo de Fernando, corroborada la empresa con la presencia de las respetables canas de D. Rafael, el enlace proyectado quedó en seguida roto.

Y partió Marta del pueblo, sin ver siquiera á su antiguo amante. Fueron inútiles todas las excusas de Fernando. Luisa, ante aquel inesperado desengaño, se recluyó en un convento.

Del disgusto y bochorno, los padres, ya viejos, de Fernando, murieron á poco, dejándole por herencia su maldición, si no reparaba el ultraje inferido á Marta. Probó Fernando, antes de rendirse á su antigua amada, varias tentativas de bodas. Pero fué rechazado de todas partes.

Buscó entonces á Marta. Abandonó su pueblo, donde imaginó labrarse un nido de venturas, á escondidas, lejos de los lugares en que había dejado mejillas empapadas en hieles de llanto, y vino á Madrid. No llegaba abrumado del peso del remordimiento. Mas, aun entre las cenizas de los recuerdos, había chispas de los pasados cariños. Todavía se figuraba que podía ser dichoso. El azar le puso un día, en la calle, frente á D. Rafael. Este le miró con ceño adusto.

—¿Qué se ofrece?—le dijo.

—Saber dónde vive Marta—repuso Fernando.—Quiero hacerla mi esposa.

—Ya es tarde—replicó con voz sorda el anciano.—Marta es mi mujer, y el niño que usted no reconoció es ya mi hijo.

Y le volvió la espalda.

Quedó desoladísimo Fernando. ¡Solo en el mundo! Y empezó una vida de desesperado. Jugó, bebió, derrochó, enfermó, empobreció, fué á grandes pasos en busca de la muerte, de la esposa siempre dispuesta de todos los vivos. El vicio quebrantó su cerebro, la enfermedad quebrantó su cuerpo, la miseria le convirtió en un pedazo de carne cubierto de andrajos.

¿Quién podía ya quererle? Nadie. ¿Qué mujer aceptarle por marido? Una noche de invierno



después de largas horas de hambre, tránsito de frío, tendió la mano á los transeuntes. Pasó á su lado una señora con un niño. Fernando la reconoció. Marta le conoció también.

—Dale una limosna á ese pobre—dijo Marta al pequeño, que ya era un mocito.

—¡Qué castigo, Dios mío, qué castigo!—murmuró Fernando. Y cogiendo en sus brazos á su hijo, lo besó furiosamente, y se alejó sin recoger la limosna, limpiándose las lágrimas con las manos.

JOSÉ DE SILES.

¡OTRA MARGARITA!

El notable crítico artístico D. Augusto Comas dice de este precioso cuadro, cuya reproducción damos en la página siguiente, lo que copiamos á continuación:

«Un día que Sorolla abandonaba Valencia para trasladarse á Madrid, después de haber pasado en aquellas playas, que le vieron nacer, larga temporada de verano, vió en uno de los coches del tren que le conducía una escena igual á la que ha llevado al lienzo bajo el título de *¡Otra Margarita!* Una mujer joven, que no pudo vencer la pasión que la enloquecía, y que es acusada de haber dado muerte al fruto de sus amores, para ocultar la propia deshonra, es conducida por una pareja de la Guardia civil al Juzgado que la reclama. Aquella escena, vista y sentida ante la misma realidad, causó profunda sensación en el ánimo de suyo impresionable del artista, y desde entonces no se apartó ni un solo instante del pensamiento de Sorolla, hasta que la idea tomó forma material en el cuadro que todo el mundo ha tenido ocasión de admirar.»

Este lienzo, según el inteligente crítico, «es, no sólo una de las páginas más hermosas de la historia del arte pictórico en España, sino también una de las obras de la presente época, donde resplandece de una manera más decisiva el respeto profundo y sincero á la verdad».



OTRA MARGARITA!
(CUADRO DEL LAUREADO ARTISTA D. JOAQUÍN SOROLLA)

CENIZA



Colocados sobre dorados morillos, á manera de puente, los añosos y secos leños de encina chisporrotearon al calor de las brasas, que bajo ellos formaban hornillo, hasta coronarse con un penacho de llamas. El interior de la chimenea parecía una reducida decoración del infierno. Montones de ceniza, ligeramente ondulados, rodeaban las ascuas interiores, que ofrecían el aspecto de una gruta de fuego en miniatura.

La habitación, solamente iluminada por la luz de los leños, presentaba un conjunto siniestro. Oscura en sus rincones, ya más en el centro iba la claridad como atreviéndose á dejar un pálido destello de su claro brillo, que poco á poco creciendo y acumulándose, originaba frente de la chimenea un vivo resplandor rojizo.

En este mismo sitio, porque la claridad es mayor, es donde coloco al personaje que hoy quiero presentar á mis lectores indulgentes. Pedro se llama, y es en verdad un pobre loco, á causa de perseguir constantemente ideales imposibles.

Enamorado ciegamente de una mujer, ésta no le comprendió y desdichó sus amores. Pedro, antes de enloquecer, tenía talento, y de aquí su desdicha; pues la mayoría de las mujeres no comprenden más que á los nombres altos de mollera privilegiada. Después de muchas dudas é indecisiones acerca de la conveniencia ó no de declarar su amor, hubo de decidirse á hacerlo, encontrándose el pobre con una carta en la que sus hermosas ilusiones murieron á la lectura del texto, frío en extremo, como mueren las hojas á los soplos de otoño. Fue para Pedro este un golpe mortal, que acabó con los buenos colores de su cara, aumentó sus ojeras, afiló sus narices y dió á sus pupilas toda la melancolía y tristeza imaginables. La por Pedro cortejada pertenecía á la alta aristocracia y frecuentaba los más elegantes salones, y—claro está!—como nuestro héroe, por su indolencia natural, no vivía en la vida del gran mundo, creyéronle ella y sus amigas un cursi á cartas cabales. Cortadle á un burro sus descomunales orejas, vástidle frac y pantalón negro, ceñidle corbata blanca, calzadle zapatos de ónarol y guantes que oculten sus pezuñas, ponéle lentes, enséñadle á hacer cortésias, dejadle en medio de un salón, y no dudéis que, á pesar de los rebuznos, hará buen papel entre los concurrentes.

Más no gastemos en digresiones el tiempo necesario para que ustedes acaben de conocer á Pedro. Ahí le tenéis, sentado en un sillón frente de la chimenea, cuya luz le ilumina, vestido de máscara con un capuchón de raso blanco. Como optime la careta con la mano izquierda, ocasión tenemos de ver su cara, simpática en extremo, de color blanco leche, sombreada por cabellos, cejas y barba negros como el desengaño. Sus ojos castaños miran con dulzura y apasionamiento, si bien la melancolía les presta cierto sello sombrío. Nada le falta, con el traje blanco, para semejar un moro de los antiguos romances.

Y dice, con la vista fija en la lumbre, aislado de cuanto le rodea:

—Martes de carnaval, triste recuerdo conservaré de ti. Me dijeron por la mañana que se casaba con otro la ingrata á quien amo. Hay personas que se complacen en triturar el corazón de sus semejantes. Decidí, medio loco, disfrazarme para saber por mi propio lo verdadero de la noticia, y ¡ojalá tal idea nunca se me ocurriera! Dicen que el Carnaval muere.... ¡Ay! esta tarde estaba en su apogeo. Llegué al Prado cuando el tumulto de las máscaras era mayor. Confusión, gritería, desorden y bullicio se habían allí dado cita. Corro, busco, tropiezo,

doy códazos, me insultan y hasta silban....; pero nada escucho, fija en mi mente la idea de encontrarla y preguntarle por su boda. Los minutos me parecen siglos. El sudor abraza mi cara, y ablanda mi careta. ¡Dios mío, qué angustia! Pasados algunos momentos veo avanzar su coche.... ¡Ah, sí, era ella! Con su misma gracia, con su igual indolencia, rodeada de una aureola de luz que exhalaba su purísimo cuerpo, contraía sus mejillas de rosa para enseñar sus dientes de nardos a una máscara que la embromaba. ¡Quizás mi rival; el que me robaba la dicha! Dudé si la hablaría, pero al cabo me decidí, y, poniendo la voz atiplada, empecé á decirle.... ¡qué sé yo lo que le diría! Ni lo recuerdo siquiera. Lo que sí recuerdo es que oí de su misma boca mi terrible sentencia. Era cierta la noticia. Iba á casarse con otro. Las puñaladas dirigidas al corazón nunca yerran.

Al callarse hundióse en el sillón, y comenzó á llorar como un niño.

De pronto, como impresionado por una brusca y repentina inspiración, se levantó y despojó de su disfraz, que en unión de la careta arrojó á la chimenea, diciendo:

—Vosotros me habéis servido de mediadores para acercarme á ella, pero también os debo la hiel de mi desengaño. Os condeno á las llamas. ¡Al fuego, hoga de mis ilusiones, sarcasmo de mis soñadas venturas!

El fuego, que era ya mortecino, revivió con grandes resplandores, que iluminaron la habitación intensamente durante algunos momentos.

Después se registró precipitadamente un bolsillo, del cual sacó la carta en que despreciaron su amor sublime y también la arrojó al fuego. Casi al mismo tiempo que el papel se quemaba, rendido Pedro por tanta contrariedad como había experimentado durante el día, se quedó dormido. No lo había hecho, cuando la chimenea, que necesitaba alimento de leños, comenzó á palidecer poco á poco, partiéndose los troncos en ascuas y consumiéndose éstas lentamente, hasta no quedar más que una masa informe de ceniza.

Á la siguiente mañana, encontráse Pedro, al despertarse, completamente á oscuras. Se dirigió á tientas para abrir el balcón, por cuyas vidrieras entró un torrente de luz clara.

Cogido que hubo un poco de ceniza de la chimenea, dijo en alta voz:

—Miércoles de Ceniza, he aquí la de mis ilusiones. Con ella me haré la señal de la cruz en la frente. De sobra lo sé; lo mismo que todo lo mundano, polvo soy y en polvo me he de convertir.

FEDERICO DE SANCHO.

NOTAS DE LA SEMANA, por Ramón Cilla



— ¡Échanos unos cuartos!
— ¡Anda gracioso!
Mira que tienes cara
De generoso.



— Soy la Cuaresma, amigo:
Suelta la carne
Y cómete esas raspas,
Querido Praxédes.



— Ni así los dejáis poner
Ni así lo queréis cambiar.
— ¿Pues que le vamos á hacer?
— Nos tendremos que aguantar.

LAS ESQUINAS DE MADRID

(BOQUETOS POPULARES)

IV.

CAFÉ GÓTICO.

Todavía faltan más de dos horas para que amanezca, y ya está disponiendo en la esquina la señora Dolores su despacho. Su marido, el señor José, se ha quedado en la cama, el muy pereoso, pero vendrá luego, más tarde, á hacer la cuenta y recoger la suma total. La señora Dolores tomó hace dos años, en vista de la crónica holgazanería del marido, la determinación acertadísima de no morir de hambre, que á tal extremo la hubiera llevado su José, de quien no tiene otra queja la mujer, porque José es fiel cumplidor de sus deberes conyugales, y otros vicios no se le conocen

fuera del de la indolencia, que no es flojo. Tuvo Dolores quien, viéndola tan apenada y entristecida, por lo obscuro que veía el porvenir, la diera la mano y quinientos reales á devolver cuando y como quisiera, para que estableciera una industria con cuyo producto pudiese mantenerse y mantener, sobre todo, al haragán de su marido.

Bien hubiese querido la Dolores poner una tienda de novedades en la Puerta del Sol, ó un restaurant como el de Lhardy; pero era poco el capital de que disponía, y se vió en la dura precisión de reducir considerablemente sus aspiraciones. Después de largas meditaciones y consultas con personas peritas en cosas de industria y comercio, le pareció lo más fácil y hacedero, y lo que más pronto podía proporcionarle algo, aunque fuera poco, el establecimiento de un café económico en una esquina.

Siendo ella tan trabajadora como holgazán el marido, no le asustó la necesidad que tendría de privarse de muchas horas de reposo, arrostrar las inclemencias del tiempo y tratar con una parroquia poco delicada y culta, como es la que frecuenta esos establecimientos al aire libre. Pero la voluntad y la necesidad juntas son fuerzas poderosas, y la Dolores inauguró su industria; y no sólo ha devuelto

hace mucho tiempo el capital con que la estableció, sino que tiene en la Caja de Ahorros sobre diez mil reales, y más tendrá, si el marido no le fumase todas las semanas un duro de puros de diez céntimos y cajetillas de cuarenta.

La Dolores ha reunido una clientela de lo mejor en su clase. Los cocheros del punto inmediato, que ya supo ella lo que hacía cuando eligió el sitio donde había parada de coches, los barrenderos y mangueros de la villa, algunos chicos vendedores de periódicos, los mozos de cuerda, los obreros sin familia y los pobres distinguidos que desdennan la tienda asilo, y á la madrugada se retiran con lo que por la noche han reunido pidiendo con acento acongojado en las inmediaciones de los casinos y teatros, favorecen constantemente su establecimiento, saboreando el excelente café con leche calentito, el medio panecillo francés, los bollos duros, y el rico aguardiente y los delicados y pegajosos buñuelos ó los elegantes *churros* de imposible digestión.

Y ha adquirido la Dolores tal prestigio, y ejerce tal autoridad sobre sus clientes, que todos la pagan religiosamente los grasientos perros chicos y grandes, importe del consumo que hacen. Cuando alguno de sus parroquianos no tiene foudos, ella, que es de buen corazón, le fija, sin interés; pero que se guarde muy mucho de no pagar la deuda en viniendo á mejor fortuna, porque ya ha sucedido que alguno se ha hecho el distraído para no satisfacer lo debido, yéndose á otro café de esquina, y en cuanto ella se ha enterado le ha soltado al esposo, quien tiene unas fuerzas atroces, y este bárbaro le ha sacado honritamente el dinero con amenaza, si no se lo daba, de pegarle dos palos, y publicar su mal comportamiento en todos los establecimientos al aire libre, para que en ninguna parte le fíaran por valor de un céntimo siquiera.

También es de notar que en el establecimiento de la señora Dolores no ocurre jamás ningún suceso que haga necesaria la intervención de los del Caden... Alguna vez se ha iniciado una rixa entre dos de sus parroquianos; pero ella se basta y se sobra para cortar la reyerta, dando al uno cuatro gritos y al otro un empujón, ó amenazán-



dole con romperle en la cabeza un vaso, todo esto acompañado de muy juiciosas razones y advertencias sobre las ventajas de vivir en paz con todo el mundo, y el peligro de ser huésped de la cárcel y tener que dar dinero á la Curia.

En suma, la Dolores es una excelente madrileña, trabajadora incansable, buena cristiana, esposa amantísima, enamorada del bruto de su marido, y madre de dos niños que se los envidian todas las vecinas de la calle de los Tres Peces, donde vive, tan hermosos y lucidos los tiene, y con su perseverancia y su firmeza seguramente llegará á realizar un día su aspiración de poner una tienda en su barrio, traspasando antes el puesto de la esquina, que está acreditadísimo, porque, lo que ella dice, «café como el que sirve la Dolores por cinco ó por diez céntimos, bien pueden ustedes asegurar que no se toma en Fornos ni en el *Sudizo*, ni lo han probado en su vida el Sagasta ni el Cánovas».

F.



DOS HIJOS

CONTRASTE

En cuna blanca y preciosa
Un lindo niño dormía,
Y su madre cuidadosa
Le contemplaba gozosa
En tanto que le mecía.

Mas un triste pensamiento
Viene á su mente, y ligera,
Del niño escucha el aliento,
Y exclama con triste acento:
¡Dios mío! ¡Si se muriera!

Junto á otra cuna vacía,
Blanca también y preciosa,
A otra madre se veía,
Que á la cuna dirigía
Su mirada dolorosa.

En medio de su aflicción,
Bañada en llanto la cara,
Torturado el corazón,
Lanzaba esta exclamación:
¡Gran Dios! ¡Si resucitara!

Dos madres que van en pos
De una idea que es su anhelo,
Y con su llanto las dos,
Piden ansiosas á Dios
Les deje su pequeñuelo.

JOSÉ GARCÍA PLAZA.



[LOS MOROS QUE PRECEDEN Á LA EMBAJADA ESPAÑOLA EN SU VIAJE Á LA RESIDENCIA DEL SULTÁN

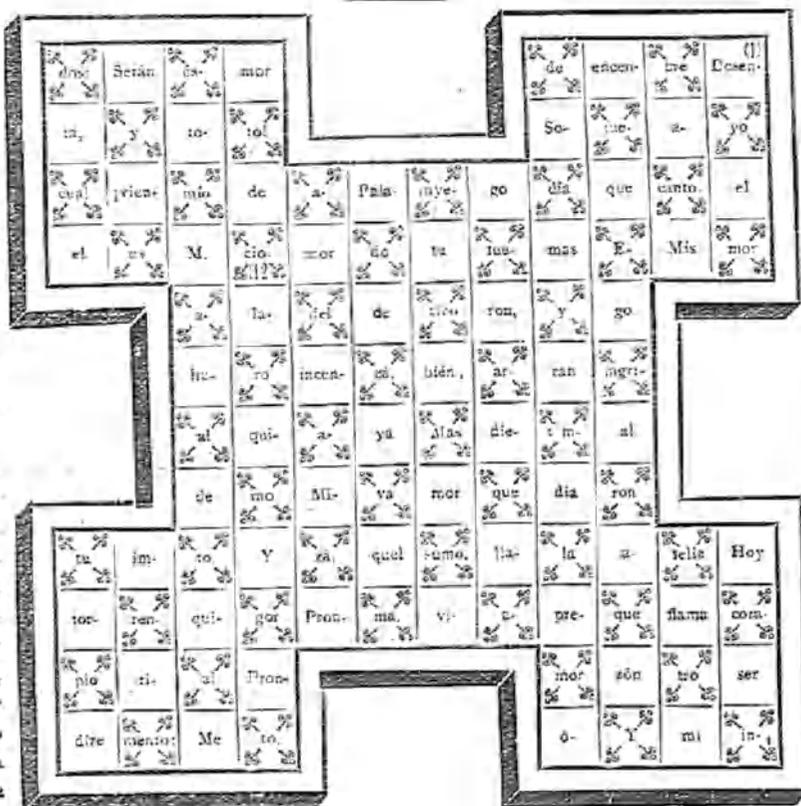
MENUDENCIAS

LIBROS RECIBIDOS

Noticia circunstanciada de la explosión del vapor Cabo Machichaco, ocurrida en Santander el 3 de Noviembre de 1892.—En este libro se consignan todos los pormenores de la horrorosa catástrofe que conmovió al mundo entero y que sumió en la mayor aflicción á los nobles y honrados santedanenses. El libro está preciosamente ilustrado por el distinguido artista D. Mariano Pedrero.

Gran moda.—Nuestro amigo y colaborador señor Salví ha emprendido la publicación de una Revista mensual de modas, cuyo primer número, con dos figurines en color y muchísimos grabados, una pieza de música y un pliego de patrones, todo superior, se vende á peseta en todas las librerías. Esta Revista de modas saldrá una vez al mes y cuesta el abono de un año 12 pesetas.

SALTO DE CABALLO, por A. Novejarque



Empieza en la casilla número 1 y termina en la 112.

CUADRADO



Sustitúyanse por letras, de forma que den vertical y horizontalmente:

Fruta.—Receptáculo.—Lo que tienen algunos de éstos.—Adjetivo ó apellido.

SOLUCIONES
A LOS PASATIEMPOS
DEL NUM. 32

A LA FUGA DE CONSONANTES:

Marta mañana
Dará á mamá,
Las blancas sábanas
Planchadas ya.

AL AFÉRESIS:

J	U	N	O
	U	N	O
		N	O
			O

AL ENIGMA HISTÓRICO:
Demóstenes en la batalla de Querones.

A LA CRUZ ENIGMÁTICA: Homobono.—Hipólito.—Herminio.—Hercilio.

Las soluciones de los pasatiempos de este número se publicarán en el siguiente.